

días me restablecí; pero quedé tan extenuado, que inspiraba lástima y compasión á todo el mundo: los encargados de la casa no tuvieron valor para lanzarme á la calle, y permanecí en aquel santo establecimiento, llorando mis culpas, los crímenes de mi vida pasada, y arrastrando mi triste existencia por aquellos vastos corredores. Yo notaba que el médico me examinaba con asiduidad, que algunos dependientes me esquivaban, y que los alimentos me los servían en loza separada. ¡Dios mío! Un practicante me había dicho yo no sé que palabras misteriosas sobre cierto hospital de San Lázaro, en que se daba acogida, y se encerraba para siempre á los leprosos. Yo temblaba de pavor al escuchar estas especies vagas. Siniestros presentimientos me asaltaban. Soñaba en horribles mónstruos y en fantasmas vanos, y veía espectros malignos que me llenaban de terror.

Quise fugarme de San Juan de Dios. ¡Imposible! Pedí licencia para salir. ¡Me fué negada!

Una tarde... ¡qué tarde!, ¡Dios mío, qué tarde!... me trajeron con engaño á este hospital. ¡Yo estaba completamente lazarino!! ¡¡Lazarino para siempre!!



## CARTA X.

ANTONIO A MANUEL

San Lázaro, 17 de Abril de 1824.

Querido mío. Bien recordarás, sin duda, que una de las más fuertes impresiones que recibí cuando á esta casa llegué, desterrado para siempre de la vista y cuidado de mis padres y amigos, fué la fatídica exclamación de aquel pobre lazarino que, al pasar junto á mí, me señaló á los demás enfermos con aire sombrío diciéndome, de una manera que me heló de espanto: "¡Mire usted los estragos que causa el vicio!" Pues bien: ni la verdad y justicia de la observación, á lo menos respecto de mí: ni el sentimiento de piedad que inspira la situación de un prójimo condenado á sufrir la muerte lenta y penosa de los leprosos: ni la iden-

tidad de circunstancias en que ese desventurado y yo nos encontramos, sufriendo una misma dolencia, viviendo bajo un mismo techo, y sujetos á la misma clase de privaciones y tormentos; nada, en fin, ha sido parte á destruir, á arrancar de mi ánimo susceptible la funesta prevención que dejó en él aquella especie de infernal anatema, aquel grito de maldición arrojado en medio de un raptó de misantropía ó delirio. En vano he llamado en mi ayuda á la religión, á la humanidad y á la filosofía. En vano aquel infeliz ha hecho esfuerzos por granjearse mi afecto, procurando dar á sus descompuestas y lívidas facciones, la benévola expresión de la amabilidad. En vano ha llorado horas enteras al observar la mal disimulada antipatía que yo experimento respecto de él, sin que pueda penetrar el verdadero motivo. Nada, amigo mío, nada ha bastado á desterrar esa fatal preocupación, que es hasta hoy uno de los más acerbos tormentos de mi vida.

¡Qué angustia! Este infeliz que de tantos consuelos necesitaba, que vanamente buscó un alivio en mi benevolencia, que imploró mi compasión de una manera tan patética y tan insinuante... este infeliz ha caído antes de ayer en agonía, en esa agonía anhelosa por la cual pasan los que están condenados á morir en este suplicio. Envióme, pues, á llamar por me-

dio del capellán, y no tuve corazón para resistirme. Apreté temblando la mano de Regino, y me dirigí al triste y ominoso aposento en que se hallaba el moribundo, sacando fuerzas de flaqueza para no sucumbir en la extraña prueba á que yo iba á exponerme.

Entré: un sudor helado cubría mi frente: mi respiración se cortaba: agitábanse todos mis miembros con desusada violencia; y los objetos se confundían á mi vista. Una voz bronca y desapacible salió de un oscuro rincón.

—¡Por Dios...! Acérquese usted, caballero: díjome casi llorando.

Mas yo permanecía clavado en medio del aposento acometido de mortal pavor. El capellán me empujó con dulzura hacia el lecho del moribundo; y entonces pude distinguir aquel cuadro en todos sus detalles. Es de una naturaleza tan horrible, que no me atrevo á reproducirlo con la pluma. Basta que sepas que hasta entonces no había visto en San Lázaro un espectáculo más formidable, ni que hubiera causado en mi espíritu un trastorno más completo. La voz del agonizante prosiguió:

—Conozco... sí... conozco que inspiro á usted repugnancia y aversión. No ha parado por mí... no, el que usted persevera en ese funesto afecto. ¡Ay! Uno de los más vivos tormentos que me aque-

jan.... yo lo juro... ha sido verme sometido á esta rigurosa prueba.

—Olvídelo usted todo, pobre amigo: ya esto pasó, y ahora quiero consolarle en cuanto de mí dependa; acerté á replicarle, algo turbado y vacilante.

—Gracias, continuó, gracias. Lo que usted acaba de decirme... sí... es muy consolatorio, y disminuye, en parte, lo horrible y doloroso de mi cruel agonía.

Hizo un ademán como para incorporarse, y retrocedí espantado hasta el umbral de la puerta del aposento. Fué éste un movimiento instintivo, que no pude reprimir. Avergoncéme de mi ligereza, y echéme en cara este rasgo de crueldad. El desventurado enfermo sollozó amargamente: también lloraba yo, y procuré recobrar del miedo que involuntariamente experimenté. A instancias del capellán volví á aproximarme, é hicelo con la posible entereza. Cerré los ojos, me arrodillé al pie del lecho, tomé en las mías una de las destrozadas manos del enfermo.... y llevéla á mis labios. Si.... yo debía esta especie de reparación al infeliz, á quien en vez de consuelos no había podido darle sino una nueva pesadumbre. Más de media hora transcurrió antes que pudiese el paciente recobrar el libre uso de la palabra. ¡Tanto así habíale afectado mi conducta!

—Señor, prosiguió dirigiéndose al ca-

pellán: yo.... quiero hablar á solas con este caballero, porque por medio de él espero lo que hace tanto tiempo he pedido al cielo: la paz de mi espíritu. Necesito prepararme para el último trance... que va á llegar... Debo confesarme... arreglar mis cuentas con este mundo, para poder comparecer tranquilo ante el inexorable tribunal del que está allá arriba, y á quien no es posible engañar.... Si: yo á todo estoy dispuesto; pero tengo que hablar antes con este joven. ¡Sólo él puede proporcionarme el consuelo, de que tengo.... ¡ay de mí!... tanta necesidad!

Mi angustia había llegado á su colmo durante este breve discurso. Mientras hablaba el moribundo, yo permanecía arrodillado, y tiraba suavemente de la sofana al capellán, como para obligarle á no abandonarme á solas con el enfermo. Mas una mirada del respetable sacerdote bastó á infundirme valor y tranquilizarme. Fué aquella una mirada llena de reconvención contra mi conducta tan poco cristiana: deseché, pues, todo temor pueril, y con entereza rogué al capellán que nos dejara solos. Hízolo así, y quedamos mano á mano aquel hombre terrible y yo. Los ojos de mi interlocutor, de opacos y sombríos habíanse vuelto brillantes y semi-fosfóricos. Como su rostro era una masa informe de carne corrupta y pes-

tilente, aquellos ojos redondos, negros y colocados en cóncavos profundos, sin párpados, ni pestañas, ni cejas, parecían los ojos de un buho que á la media noche está en acecho desde el funebre ciprés, recreándose con el siniestro olor que exhalan las fosas de un cementerio. Yo me hallaba á punto de espirar.

—Ruego á usted, buen joven, díjome el enfermo al cabo de unos instantes: ruego á usted que procure serenarse. Veo que es imposible arrancar de su corazón ese odio funesto que me profesa, y...

—¡Oh! interrumpíle: no me martirice usted por Dios. ¡Odio no, pobre amigo, no es odio. Confiésolle que necesito de su indulgencia y perdón; pero no es por odio que le haya cobrado, supuesto que usted no me ha hecho mal ninguno.

—Bien, me conformo: no hablemos del asunto, ya que le mortifico; pero tranquilícese usted para escucharme: sí, es preciso que usted se tranquilice, si ha de oirme lo que tengo que comunicarle. Me interesa, interesa á la salvación de mi alma hablar con usted, y obtener de su bondad el favor que voy á pedirle.

Sentéme en un banco junto al lecho, y, asombrado, esperé la explicación que iba á hacerme aquel hombre singular. El enfermo permaneció en reposo un momento: luego se convirtió hacia mí.

—Sí... sólo usted en el mundo puede

hacerme el singular favor que voy á pedirle... y lo hará usted... no lo dudo... porque sería demasiado cruel que usted me lo negase, cuando lo imploro en los últimos y dolorosos momentos de mi angustiada existencia. Ha de saber usted que yo he sido... muy malo.

—¿Quién está exento de culpas en este mundo?

—Es verdad; pero las mias son de tal entidad..., son tan infames y de un carácter tan odioso... ¡Ah! Ese consuelo no basta á los criminales famosos, como yo; ¡No hay crimen, tal vez, con el cual no me haya manchado! La miseria... la lepra misma con todos sus horrores, no pueden hacerme compurgar uno solo de mis feos y negros crímenes.

—Dios tiene abiertos los tesoros de su misericordia infinita para el pecador arrepentido.

—Si no fuera porque así lo creo con fe viva... hace mucho tiempo que hubiera acabado de destrozarme, de un solo golpe, mis frágiles y mutilados miembros. No es el amor de la vida percedera, ni el deseo de prolongar esta martirizante existencia, ni la esperanza de hallar remedio á esta horrible enfermedad, lo que me ha alejado del suicidio, en el cual he estado pensando años enteros: no. Lo que me ha retraído... es la idea de otra mejor vida, si llegaba á obtener

el perdón.... ¡sí, Dios mío! el perdón, que imploro de tu inmensa bondad.

Mi emoción crecía de momento en momento. Aquella escena tenía no sé qué analogía con algunas de las que ha delineado el Dante en su poema del "Inferno." Mis sentidos estaban en un potro: mi alma se hallaba contristada, porque me parecía escuchar la más siniestra revelación. El agonizante continuó, después de haber enjugado dos gruesas lágrimas saturadas de sangre corrupta, que brotaron de sus descarnados ojos.

—Entre los numerosos crímenes de que voy hablando, uno que ha sido causa de mil desgracias, es el que pesa más poderosamente sobre mi corazón. Ese crimen, buen caballero, es el que más me agobia, el que atormenta más crudamente mi existencia, y del cual, si no logro perdón del agraviado, llevaré ese horrible torcedor al otro mundo. Moriré entonces sumido en la desolación... desesperado... y Dios... tal vez... no tendrá piedad de mí....

—¡Ah! Hable usted, pobre amigo, hable usted. ¿Puedo yo hacer algo en beneficio suyo? ¿Tengo medios, por ventura, de proporcionarle ese consuelo?

—Sí, señor. Más todavía: sólo usted puede proporcionármelo.

—¿Sólo yo? Enhorabuena: explíqueme

usted, explíqueme usted, por Dios, este misterio que no comprendo.

—Nuestro amo Germán es amigo de usted.

—¿Nuestro amo Germán, el sepulturero?

—El mismo. Sólo usted es capaz de reducirle á tener conmigo una entrevista.

—Corro, voy volando á traerle á este sitio sin perder instantes.

—No, deténgase usted. Todo se malograria con la precipitación. Ese hombre no sabe si yo estoy aquí. Usted le diría, que un moribundo, un pobre lazarino, en la última crisis de su dolencia, quiere hablar con él, para comunicarle asuntos graves de conciencia. Germán es bueno, honrado, caritativo y jamás ha hecho mal á persona alguna. Vendría... sí... vendría, estoy seguro de ello; pero no lo estoy de que al reconocérme, al verse inesperadamente en presencia de este malvado infame, pudiese dominarse y escucharme con calma y serenidad.

—Comprendo: usted le ha ocasionado algún mal, algún perjuicio grave. No importa: conozco su alma generosa... y lo perdonará: no lo dude usted ni un momento.

—Así lo espero, porque no creo haber pedido en vano al cielo este beneficio de la Providencia; pero es hombre... los males que le he causado son gravísimos,

y quiero que usted le prevenga para esta conferencia que le pido. He aquí la buena obra que va usted á hacer en favor de este ser infeliz y abandonado de todo el mundo.

—Bien: aplaudo su juiciosa previsión. Deme usted sus instrucciones para obrar, porque ya es este un asunto que me interesa. Hable usted, que yo confío en el logro de sus buenos propósitos.

—¡Dios me lo conceda! Es preciso que usted se dirija á Germán, ahora mismo si es posible. Dígale que un antiguo conocido suyo está encerrado hace algunos años en este hospital de leprosos, sufriendo la horrible enfermedad que padecen los lazarinos: que el desvalido leproso ha tocado ya al término de su triste carrera, y que va á morir luego, muy pronto. El naturalmente preguntará á usted quién es ese hombre... Usted le dirá; pero dígaselo con miramiento: Usted le dirá que... ¡ah!... este nombre le producirá un horror inexplicable. No importa: es preciso. Dígale usted que me llamo...  
**Juan Cruyés.**

¡¡Juan Cruyés!! grité aterrado lanzándome fuera del aposento, pues creí hallarme en presencia de aquel malvado, origen funesto de mis desgracias. Mas luego que respiré el aire libre, fijáronse un tanto mis ideas, reflexioné y me pareció que debía tranquilizarme. Era imposible que ese

desgraciado moribundo, entrado ya en edad provectora, fuese aquel joven depravado que me había sumergido en este abismo sin fondo. Ni la estatura... ni las formas... nada en fin indicaba semejanza entre el hombre á quien acababa de volver la espalda bruscamente para evitar su presencia, y el famoso bandido que me perdió. Volví entonces al aposento... corrido, avergonzado de mi importuno sobresalto, y di satisfacción, como mejor supe, al desgraciado que recibía de mí un nuevo golpe sobre los muchos que le habían precedido. Hacíame fuerza, sin embargo, que uno y otro, según todas las apariencias, á la identidad del nombre hubiesen reunido una misma disposición al mal, y entrambos fuesen criminales insignes. Mas al fin, esto no tenía nada de particular, ni mucho menos de imposible. El pobre lazarino aún no se había recobrado de la sorpresa, cuando me senté de nuevo junto á su lecho.

—¡A usted también ha aterrado mi nombre!, exclamó. ¿Me conocía usted por ventura? ¿Sabía usted que ese nombre era el de un malvado?

—No, pobre amigo, no. Puede usted estar tranquilo sobre esto. Yo conocí á un joven... á un infeliz que me parece se llamaba así como usted, y esta circunstancia me sorprendió, y confieso que no

dejó de causarme alguna impresión el figurarme, de improviso, que ese joven estuviese en S. Lázaro. Pero, ya lo ve usted. Ese de quien hablo es un joven, y usted, pobre amigo, es un hombre ya mayor.

—Es extraño.... y de veras que la especie no deja de llamarme la atención.

Aparentó conformarse, no obstante: suspiró profundamente, y luego prosiguió:

—Germán se ha de resistir á hablar conmigo, porque mi nombre, el nombre del que tanto mal le ha hecho, sin duda excitará su indignación. Tal vez me cree muerto; y al saber que yo existo... aunque me faltan pocos momentos para espirar... no será dueño acaso de reprimir su ira. ¡Ah! le conozco mucho. Es manso y de condición apacible: pero cuando llega á encolerizarse, se desborda su furor como un impetuoso torrente. El favor que pido á usted es que interceda por mí, procure calmar su enojo y vencer su resistencia. Sí, venga usted con él, antes que ya me sea imposible toda explicación porque me falte la palabra.

—Harelo así. ¿Qué más?

—Nada más. En nombre de Jesucristo, ruégole á usted que no vuelva aquí, sino en compañía de ese hombre. De esto depende, acaso, la salvación de mi alma.

Separéme del lecho del moribundo, y corrí á buscar á mi viejo amigo. Halléle en el cementerio ocupado en arreglar, con minuciosa escrupulosidad, el esqueleto de un hombre, cuyos restos se habían exhumado en aquella mañana, y debían trasladarse á una iglesia. Réiase nuestro amo Germán contemplando el extraño y miserable conjunto de los despojos de un ser lleno antes de vida y animación, y convertido hoy en un montón de polvo y de huesos dislocados ó inertes: la risa sardónica, inmutable, fija y tenaz de la calavera, que el sepulturero hacía girar entre sus manos, parecía que excitaba la hilaridad de mi amigo. ¡Tanto influye el hábito en el carácter y costumbres de los hombres!

—¡Cómo! ¿Se ríe usted de esa calavera, nuestro amo? Preguntéle entre serio y jovial á mi amigo.

—Lo que es de ella que digamos, no tal. Riome, sí, de la vanidad del mundo, de las extravagancias de la pobre humanidad, y de lo efímero é insustancial de la vida.

—Pero me parece que eso más es para llorar, que para reír.

—¡Qué quiere usted! Esta calavera me recuerda algunas cosas. Figúrese usted que el dueño de ella era un joven piloto, guapo, emprendedor, hijo de padres acomodados, de buena instrucción, y de un

ardor juvenil, que no parecía sino que iba á ser eterno en el mundo. Hablaba como siete personas juntas, y cuando jugaba el "mus" metía una algazara de mil demonios. Hoy hace justamente dos años que en el muelle, delante de mí y de otros viejos que teníamos traza de esperarle largo tiempo en la tierra de los calvos, apostó que haría un viaje redondo de Campeche á la Habana y de la Habana á Campeche en solo once días; y que su padre, dueño del buque, habría de ganar seis mil, ocho mil, ¡qué sé yo cuántos miles de pesos! Podía haber perdido la apuesta por solo un viento á la cabeza, un chubasco, una calma, el encuentro con un corsario, en fin, por cualquier friolera. Pero Dios tomó el negocio por lo serio, y en aquella propia mañana envió á cargo y consignación del piloto hablantín una horrible fiebre, y á las veinticuatro horas... ¡hombre al agua! Vino á dar sin más ni más en manos de este vejete, que le proporcionó suave descanso sobre un mullido colchón de tierra. ¡Ya se ve! Dicen que el hombre pone y Dios dispone.... Mire usted qué hermosa calavera.... blanca.... recia.... flamante... ni un solo diente de menos.

Rechacé bruscamente aquel objeto, que el sepulturero se empeñaba en presentarme á los ojos materialmente, y supliqué-

le me oyese, pues tenía que hablar con él sobre cierto negocio urgente.

—Siendo así, díjome acabando de acomodar aquellos huesos en una pequeña caja de plomo, luego me tendrá usted á sus órdenes.

Fuí á sentarme en uno de los bancos de piedra que están por la parte exterior de la puerta del cementerio. A pocos momentos presentóse nuestro amo Germán en actitud de emprender un paseo, á lo cual había creído que se dirigía mi invitación.

—Y ¿á dónde nos dirigiremos hoy? Preguntóme con su habitual tono de familiar cariño, pasando lentamente el cerrojo de la puerta.

—Hoy, respondíle, no se trata de pasear. Asunto muy importante es el que me trae, y quiero que usted tome asiento en este sitio, aquí junto á mí, y escuche con calma lo que voy á decirle.

Mírome el viejo con aire de extrañeza, y obsequió mi formal invitación.

—Se trata, proseguí, de una buena obra que depende de usted.

—¿Qué depende de mí? ¡Es raro!

—Sí, señor: depende de usted.

—Supuesto que es una buena obra, y que depende de mí, es negocio concluido. Dela usted por hecha.

—Tómole á usted la palabra, nuestro amo.

—Sin vacilar: sí, señor. Cuando usted me propone eso que llama "buena obra," desde luego será una cosa racional.... justa... honrosa.... en fin, una buena obra. Me basta.

—Se trata de consolar á un pobre enfermo, á un moribundo, á un infeliz que va á dar cuenta á Dios, y desea con ansia hablar con usted.

—¡Ola! ¿Pues en qué nos detenemos? ¿No ve usted que cada momento de retardo puede ser fatal á ese pobre moribundo? Corramos, amigo Antonio, corramos luego. Quién sabe lo que me ocurrirá: no importa, es un moribundo, y nada debe negarse á un moribundo.

—¿Y si fuese un lazarino?

—¿Y usted me dirige semejante pregunta? Si fuese un lazarino, esa sería una razón de más para volar en su socorro. Vamos, que la muerte camina siempre de prisa, y no acostumbra hacerse aguardar.

—¿Y si usted fuese un enemigo suyo?

—¿Enemigo? Yo... yo de nadie soy enemigo. Contestó el sepulturero, moviendo pausadamente la cabeza en ademán negativo, y mirándose de hito en hito como para buscar en mis ojos la explicación de aquella palabra.

—Miento, dijo después de algunos instantes: yo no, he dicho la verdad á quien mas que nadie tiene derecho á no ser en-

gañado por mí. En efecto.... soy mortal enemigo de un perverso, de un infame... que si le hubiera á las manos.... ¡yo sabría ahogarle entre ellas! Vamos... yo estoy soñando, amigo mío.... ¿qué quiere usted? Suelen ocurrir algunas especies.... Nada: lo dicho dicho: yo de nadie soy enemigo, porque ese de quien quería hablar debe de haber muerto á esta hora. ¡No permita Dios que viva aún!

—¿Y si viviese?

—¡¡Si viviese!! Si viviese aún y pudiese apoderarme de él.... ¡ah qué felicidad...! le arrancaría el corazón... y palpitante....

—¡¡Nuestro amo!!

—Perdone usted, Antonio mío: yo me he dejado arrebatar; pero... usted no sabe... hasta dónde sube mi furor... cuando me asaltan ciertos recuerdos. Explíquese usted. ¿Qué sucede? No me atrevo á creer que sea usted un ángel malo para su viejo Germán. Sin embargo, sus palabras... esas observaciones... esas preguntas.... ¡Por Dios, Antonio mío! Yo estoy temblando... ¿Qué hay?

—Calma, amigo mío, calma. Un agonizante, un pobre lazarino que va á espirar.... Juan Cruyés, en fin, quiere hablar con usted....

—¡justicia divina, al cabo van á cumplirse tus designios! ¡Juan Cruyés vive, y está de mí tan cerca!! Vamos, amigo

mío, corramos á ejecutar los decretos de la providencia, que ha encaminado á ese infame; hasta ponerle al alcance de mi venganza. ¡Juan Cruyés, Juan Cruyés! ¡Vivías, verdugo... y vivías casi á mi vista! Sí... corro... á bañarme en su inmundicia sangrante.

Al decir esto de una manera que me llenó de horror, lanzóse el sepulturero en el camino del hospital, y con tal rapidez, que á duras penas logré alcanzarle á tiempo de entrar en el edificio, y detenerle con todas mis fuerzas, gritándole:

—¡Nuestro amo Germán! ¡En nombre de Dios vivo! ¿Qué va usted á hacer? ¿Está usted loco? ¿Debía yo esperar, debía esperar su hijo Antonio escogido para una misión de paz y de caridad, que diese usted á sus palabras tan siniestra acogida? Si me estima usted en algo, si aprecia mi amistad como mil veces me ha repetido... yo se lo suplico... deténgase usted y escúcheme.

El sepulturero retrocedió conmigo hasta alguna distancia, y se detuvo luego, mirándome de una manera terrible. Yo continué:

—Sí, señor: es una locura imperdonable en un hombre de la sensatez y cordura que usted ha manifestado siempre. Es un crimen en un cristiano, que comprendo algo las sanas máximas de su religión. ¡Quién asesina á un moribundo indefen-

so, y que apenas respira difícilmente en el lecho de su dolor! ¿Y qué gloria resultaría á usted de una acción tan bárbara y cruel? ¿Y no ve usted que se perdería miserablemente, y sería víctima de su loco arrebato?

El pobre viejo, sin responderme, se dejó caer sobre la yerba, apoyó la cabeza en sus rodillas, y se entregó á la meditación más profunda. Coloqueme junto á él, sin decir una sola palabra, y esperé que interrumpiese aquel sombrío silencio.

Abismados en un mar de reflexiones, y arrebatados, por decirlo así, á una esfera desconocida, insensiblemente pasamos hora y media sentados sobre la yerba. El sol de la tarde, al tiempo de sumergirse en las ondas, ensanchó su encendida y sangrienta faz, fenómeno frecuente en los meses de la quema, y dió á todos los objetos de la tierra una apariencia siniestra. La refracción de sus rayos, sin embargo, coloreó de carmín, nácar, oro y azul á mil grupos de nubecillas ligeras, que gradualmente fueron disipándose, como se disipan las dulces ilusiones de la vida. El suave terral comenzaba á mecer blandamente las copas de los cocoteros de la playa; y entre tanto, mi amigo sólo daba señales de que vivía, por su respiración fuerte é irregular. Era ya de noche, y aquella especie de deli-

quiu subsistía aún. Por fin, hizo un movimiento brusco y se incorporó.

—¡Adiós, Antonio! Díjome con aire solemne y mesurado.

—¡Cómo! ¿No iremos á ver al enfermo?

—Ahora... no: es imposible.

—¿Y tendrá usted valor para prolongar por más tiempo el martirio de ese desventurado, que espera la presencia de usted como pudiera esperar su salvación eterna?

—Ahora no puedo verle.

—¡Ah! Eso es demasiado cruel, y no me hubiera atrevido á creerlo, teniendo usted tan buen corazón.

—¿Y qué tiene que decirme? ¿Para qué pretende esta entrevista? ¿Piensa, con sus llantos y suspiros, volverme cuanto me ha arrebatado, volverme la paz, la felicidad, la honra de mi vida? ¡Sufre mucho! ¿Y qué puede compararse con lo que yo también he sufrido por su causa, sin embargo de mi inocencia?

—Pero va á morir en medio de los más duros tormentos, y tal vez querrá que usted lo perdone. Apiádase usted de este infeliz.

—Pues bien: dígale usted, de mi parte, que le perdono de corazón; y que pediré á Dios que le dé una buena muerte. No puedo hacer más.

—Sea usted dócil, nuestro amo Ger-

mán. ¡Pobre hombre! Es un lazarino, como yo, y quiere tener una entrevista con usted. ¡Sí, contemplará usted, por un solo instante, su horrible situación! No hay remedio: es preciso verle.

—No, mi querido Antonio, no. Esta entrevista es imposible hoy: lo conozco, y sería engañarle si aparentase acceder á sus instancias. De aquí á tres días... ó menos... mañana tal vez... ¡Qué sé yo! Por lo que es hoy no puede ser. Necesito de algún tiempo para tranquilizarme y cobrar el valor suficiente para ver con serenidad á ese monstruo... ¡á ese pobre lazarino!

—Pero ¿ha reflexionado usted que toda dilación sería peligrosa, y que si usted ofrece verle mañana, el infeliz no es dueño de prolongar su vida hasta el plazo que se quiera fijarle? ¿Quién responde de que mañana vivirá aún?

—¿Y qué quiere usted que yo haga? ¿Por ventura, soy yo de piedra ó de bronce? ¿No soy hombre, no tengo sangre en las venas, no tengo pasiones? ¿Quiere usted hacer un milagro, obligándome á suspender, de un solo golpe, el odio profundo y justo de que estoy... poseído contra ese miserable, de quien creía estar libre en lo absoluto? No, mi amigo Antonio, no. Si llegara á verle hoy, no respondo de mí: le mataría sin remedio, le

asesinaría vil y cobardemente, sin que me detuviese ninguna reflexión.

—Confieso á usted, nuestro amo Germán, que me causa la mayor sorpresa el escuchar de su boca semejante lenguaje. Le desconozco á usted, mi buen amigo.

—Es porque también desconoce usted los motivos que me inspiran ese lenguaje. ¡Ay, mi querido amigo Antonio! Si usted pudiese ponerse en lugar mío... ¡Dios le preserve á usted!

—No quiero aparecer indiscreto dirigiéndole preguntas que acaso rasgarían alguna profunda herida de su corazón; pero sea el que fuese el motivo de ese odio, dispéñeme usted, mi franqueza: es en verdad muy poco caritativo y muy anti-cristiano, el dejarse arrebatar de esa suerte, y sumir en la desesperación á un pobre leproso que está á punto de espirar, y quiere llevar al otro mundo el perdón de aquellos á quienes hubiese ofendido.

—¡Dios nos juzgue á todos conforme á su infinita justicia!

—Y nos mire con ojos de piedad, mi viejo amigo.

—Sí, es verdad: todos necesitamos de ella. Pero yo estoy malo... no puedo ver á ese hombre en este momento. Perdone usted mi terca resistencia. Mañana... sí, mañana vendré á obedecer á usted.

Hoy me retiro... porque estoy enfermo: me siento muy malo.

Toméle el pulso al instante, y conocí que, en efecto, estaba acometido de una fiebre ardiente y voraz. No me pareció justo ni prudente insistir en que se verificase la conferencia; antes bien, di prisa á mi angustiado amigo para que se retirase, y le acompañé, con el ánimo afligido, hasta las primeras casas de la ciudad. Volví al hospital á dar cuenta del resultado de aquella misión, procurando darle algún colorido á la indispensable dilación de la entrevista. Por fortuna, pues que lo era en aquellas circunstancias, el pobre lazarino se encontraba delirante, y en absoluta incapacidad de escucharme. Dí gracias á Dios, porque miraba aquello como un beneficio de su providencia.

Hoy ha amanecido más tranquilo, y el capellán, que no se ha separado de su lecho, acaba de decirme que pregunta por mí con la mayor instancia, y muestra un extraordinario afán por hablar conmigo. Voy á verle, y á darle algún consuelo, porque me parece imposible que nuestro amo Germán venga hoy, pues según las frecuentes noticias que del estado de su salud ha recibido, aun sigue muy indispuesto y abatido. Confío, sin embargo, en que el moribundo nos dará tiempo de

concluir este asunto, en el cual estoy interesado.

¡Juan Cruyés! Yo no puedo menos de pensar mucho en la identidad de nombre entre este que ha causado los males de que se lamenta nuestro amo Germán, y aquel malvado detestable de quien yo hubiera querido olvidarme para siempre. ¿No piensas como yo que es esta una coincidencia demasiado funesta? La verdad, yo creo que aquí ha de haber algún oculto misterio, que no puedo comprender. En fin, el cielo nos proteja á todos.

Desde que Regino me confió su cartera, no ha vuelto á salir del aposento. Llorra á menudo, y está triste; pero ni en él ni en mí hace progresos la horrible enfermedad yo me desvelo cuidándole con afán, y él hace otro tanto respecto de mí: prodígole toda clase de consuelos, y aparenta recibirlos con docilidad. Mas yo creo que un cáncer oculto roe lentamente su corazón. Ahora que ya conoces el fondo de su alma, que sabes los pormenores de su vida borrascosa, ¡cuánto no te compadecerás de su infausta suerte! Te envía mil finos recuerdos, y dice que debes de ser muy bueno, pues que eres tan buen amigo mío, y llenas tan cumplidamente mi lugar al lado de mi anciano y desolado padre. Yo te encargo que beses de mi parte su frente respetable, que enjagues sus ardientes lágrimas, y que le ames

siempre como yo le he amado. ¡Pobre padre mío! El está expiando inocentemente los extravíos de mi inconsiderada juventud. El es la víctima expiatoria; él que es tan bueno, tan honrado y tan virtuoso. Honra sus canas, Manuel mío, honra sus canas como yo he sabido hacerlo.

Hoy respondo á la carta de Melchor en que me participa su próximo enlace con la hija de Don Juan. ¡Feliz él, que va á santificar un amor puro y aceptable á Dios! Este beneficio no se concede á los que, como yo, se han revolcado en un cieno inmundo. Adiós: él colme á mis amigos de las infinitas felicidades que les apetezco.

—o:(O):o—